

La *Paradoja* de Colmenares^{*}

Renán Silva[♦]

Resumen

Reflexionar hoy sobre la obra del historiador Germán Colmenares nada tiene que ver con el culto de los muertos. Se trata sobre todo de pensar en lo que pueden hacer en los años próximos quienes hoy se unen a ese gran esfuerzo de autocomprensión de las sociedades que es el análisis histórico. Establecer una relación con la obra de Colmenares no es alentar una «veneración supersticiosa» por su persona, no es convertir en respuestas lo que con toda seguridad fueron esbozos de preguntas; es, tal vez ante todo, no ceder a las modas, saber distinguir, como quería Hegel, la moda de lo nuevo, que en nada disminuye la importancia de algunos de los cambios historiográficos de los últimos años, muchos de los cuales Colmenares hubiera celebrado. Que en sociedades –como la colombiana– con un débil acumulado en términos de su patrimonio científico, es un pecado aun mayor su derroche, su olvido o su ignorancia, es la idea central que atraviesa a estas palabras sobre un aspecto de la obra de Germán Colmenares.

Palabras clave: Historia, historiografía, cultura, Germán Colmenares, siglo XX, estudios históricos.

Abstract

A reflection on the work of historian Germán Colmenares has nothing to do with a praise for the dead. It is mostly about the consideration of what they

^{*} Artículo recibido el 7 de noviembre de 2007 y aprobado el 23 de noviembre de 2007. Texto leído ante los estudiantes de maestría y doctorado de Historia de la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín, como Lección inaugural de los posgrados de Historia en el segundo semestre de 2007.

[♦] Sociólogo, Doctor en Historia y Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle.

could do in the years to come, those who now join that great effort of self-comprehension of societies that historical analysis is. To establish a relationship with Colmenares' work is not to encourage a "superstitious veneration" for his being, it is not to turn into answers what most certainly were the sketches of questions. Maybe it is, above all, to not give in to fads, to know how to tell, as Hegel wanted, fad from fresh, which does not at all diminish the importance of some historiographical changes of the more recent years, some of which Colmenares would have celebrated. That in societies – such as Colombia – with a weak bulk in terms of scientific heritage it's waste, forgetfulness or ignorance is an even bigger sin, is the main idea that crosses these words on an aspect of Germán Colmenares' work.

Keywords: History, historiography, culture, Germán Colmenares, twentieth century, historical studies.

Quisiera examinar brevemente una frase del historiador Germán Colmenares. Una frase que le gustaba repetir ante sus alumnos, y sobre la cual voy a arriesgar algunas interpretaciones, con el fin de mostrar el significado que tal "enunciado" tiene para nuestra formación como investigadores, un proceso largo y difícil, desde luego siempre inacabado, aun en el caso del propio Germán Colmenares.

La frase a la que me refiero es la siguiente: "para estudiar historia, hay que saber historia", frase que a veces repetiré en este texto bajo la forma ligeramente diferente de: "para investigar historia, hay que saber historia". Una frase que incluso podría no ser de Colmenares, una frase que puede haber heredado de cualquier otro autor a quien no citaba, a fuerza de haberla incorporado en su trabajo, entre otras cosas porque esta frase representa una posición compartida por todos los buenos historiadores de que tengo noticia, reconociendo, claro, que mi cultura historiográfica no

es tan amplia ni profunda como quisiera.

Para examinar esta frase empezaré por recordar el apego y el respeto que Germán Colmenares tenía por su trabajo como docente. Pero antes de ello debo hacer una indicación respecto de mi propia consideración sobre la obra de Colmenares, sobre la que terminó imponiéndose la vieja costumbre académica de que no se la lee, no se la consulta, no se la tiene en cuenta, pero si se la cita, aunque desde luego de manera puramente reverencial, lo que puede significar que los jóvenes estudiantes de las carreras de historia hoy día no conozcan de manera directa la obra de Colmenares y que estén comenzando la travesía por el difícil camino del análisis histórico con apoyos tan poco confiables como los que han dominado la escena historiográfica a finales del siglo XX, luego que formas burdas o refinadas de relativismo hubieran amenazado la existencia de la disciplina no sólo por su propia posición sobre la verdad –como lo

mostró hasta sus últimas consecuencias la posición de los “negacionistas” respecto del holocausto nazi—, sino por su invitación a disolver el análisis histórico en el terreno de los llamados “estudios culturales”.

A pesar del respeto y la admiración que tengo por el trabajo de Germán Colmenares y a pesar de la relación entrañable que tuve con el notable historiador, no guardo por su obra —ni por la persona— ninguna “veneración supersticiosa”. Me imagino que quien examine su obra con cuidado —lo que hasta el presente no se ha hecho— encontrará virtudes y defectos, y me imagino que con el paso del tiempo y el avance de los estudios históricos en el país su obra de historiador será en muchos puntos revaluada y terminará siendo lo que debe ser: simplemente una parte del esfuerzo de auto/comprensión de nuestra sociedad en que con fortuna diversa se empeñaron a lo largo del siglo XX, diversos académicos e intelectuales nacionales y extranjeros, respecto de los cuales la única prueba de fidelidad y admiración que se nos puede exigir es la de dar continuidad a sus obras, a través de su examen crítico y de nuevas investigaciones, de manera que logremos establecer con ese legado una relación de continuidad y distancia crítica, una relación que me parece que ha tendido a desaparecer en estos años, amenazando el escaso pero valioso patrimonio de un saber histórico moderno que desde la obra temprana de don Jaime Jaramillo Uribe han tratado de construir algunos de los historiadores colombia-

nos, sean estos historiadores de oficio, un hecho que es más bien una excepción, o sean filósofos, economistas, antropólogos o sociólogos venidos al campo de la investigación histórica para enriquecerla.

Insisto en el punto de que hay que volver sobre la obra de la ya vieja “nueva historia de Colombia” (y más allá, porque ¿cómo dejar de lado lecciones de análisis y de método como las de Luis Ospina Vásquez o David Bushnell?), ya que observo que todo elemento de continuidad y de pertenencia a una comunidad imaginaria llamada los “historiadores” amenaza con perderse en el país o empieza a ser reemplazado por vínculos asociativos, afinidades del orden personal o recepción de las mismas invitaciones a los mismos eventos, como si esos mecanismos corporativos y a veces clientelares, que a algunos llenan de entusiasmo (y que desde luego no condenamos y consideramos un simple mal menor) pudieran suplir la comunidad que nace de la existencia de relaciones de conocimiento crítico con un patrimonio común, frente al que nadie nos exige ninguna aceptación *a priori*, como sobraría advertir.

Como ya les mencioné, quería recordar, antes de avanzar hacia la interpretación de nuestra pequeña sentencia, algunos aspectos de la labor docente de Germán Colmenares, de quien sencillamente habría que decir que era un docente ejemplar, uno de esos viejos docentes que consideraba que la clase era *sagrada*. A Colmenares le hacía falta la enseñanza, el contacto con los estu-

diantes y, no encontraba ninguna dificultad para seguir enseñando en el pregrado con todo el entusiasmo posible, a estudiantes muy jóvenes, en general de marcado origen popular, de gran inteligencia pero de escasos recursos culturales, aunque al mismo tiempo su obra de historiador fuera adquiriendo importancia intelectual en nuestro medio académico y en el de otros países en los que su trabajo encontró alguna recepción.

Habiendo llegado yo como profesor en 1984 –algo más de un lustro antes de su muerte– a la Universidad del Valle, en donde Colmenares lo era desde hacía más de una década, recuerdo haber visto muchas veces a Germán –con quien enseguida nos hicimos muy cercanos, pues me adoptó como uno de sus discípulos–, luego de una de sus clases, continuarla fuera del aula, a través de emotivas conversaciones –en las que no siempre permitía el uso de la palabra– con sus estudiantes, con quienes caminaba por los alrededores del aula o se sentaba con toda tranquilidad en una incómoda mesa de cafetería estudiantil a conversar sobre la encomienda, el trabajo esclavo en la minería de Popayán o sobre una película reciente que pasaban en la Cinemateca La tertulia.

Después de un rato esos mismos estudiantes cumplían la misión grata de acompañarlo hasta la que fue su Facultad de Humanidades, a cuya oficina no llegaba sin antes pasar por un pequeño cafetín universitario que ahí había, en donde con alguno de sus pocos colegas tomaba un café y se fumaba un cigarrillo

–generalmente pedido–, lo que aprovechaba para reiniciar alguna conversación suspendida días atrás y que podía versar sobre cualquier punto de los que alimentaba su inmensa curiosidad intelectual. Porque Colmenares estimaba la buena conversación, sin reparar si tenía al frente como interlocutor a un joven estudiante o a un viejo profesor, y se daba el tiempo para ello, una costumbre que luego hemos visto desaparecer en la vida universitaria, no sólo porque la propia conversación se ha envilecido y ha perdido gracia y agudeza en la medida en que el lenguaje se ha empobrecido y el castellano de los académicos se ha vuelto cada vez más reducido y más repleto de barbarismos, sino porque al mismo tiempo el costo de oportunidad del “profesor–consultor” se ha valorizado y tareas altamente rentables solicitan una atención que difícilmente se otorga a un colega o a un estudiante, a muchos de nuestros actuales cazadores de rentas.

Escuché a Germán Colmenares exponiendo ante sus estudiantes no sólo los contenidos de sus programas de clase –programas que nunca dejaba de cumplir–, sino exponiendo ante ellos la novedad de alguna obra de historia que consideraba de primera importancia –de esta manera supe, por ejemplo, de la existencia del trabajo de Ernst Kantorovicz sobre el cuerpo del rey–, o presentándoles alguna novela leída de manera reciente –no puedo olvidar sus palabras sobre *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, a la que consideraba con toda injusticia como un “gran

bibelot”, al tiempo que ponderaba con algo de exageración los méritos de *Cien años de soledad*— o contándoles acerca de una gran muestra de pintura observada en ésta o aquella ciudad o país visitados, y que le parecía que podría hacer volar la imaginación e introducir un poco de variedad en una ciudad de provincia, culturalmente monótona y sometida al “imperialismo” de la música llamada “salsa”, pensada sobre todo en esos años como la única opción cultural sobre la tierra y a la que de manera extraña sus cultores y defensores relacionaban con el “socialismo y la democracia”, lo que Colmenares no podía encontrar sino como estrambótico.

Germán Colmenares no separaba la docencia de la investigación, como se sigue haciendo hoy en día y como se hacía de manera dominante en los años ochenta; y no limitaba su trabajo de enseñanza a los contenidos formales de los cursos que dictaba, sino que cada uno de tales cursos —fueran estos de historia socioeconómica o de historiografía— era una verdadera introducción a las ciencias sociales y por lo menos en parte, a la filosofía, a través de alguna reflexión epistemológica que nunca ahorra, con el recurso a fórmulas a veces curiosas, como cuando recreaba la teoría de Bachelard sobre los obstáculos epistemológicos, introduciendo uno nuevo, que él consideraba distintivo de la “cultura nacional”: la pereza, una broma con la que desde luego solo quería invitar al trabajo y ayudar a los estudiantes a salir de esa parálisis del espíritu a que en la mayor

parte de las ocasiones condujo la lectura “apresurada y sin contexto”, como el decía, de las “obras de algunos maestros franceses” —referencia que casi siempre era hecha pensando en *Las palabras y las cosas* o en *La arqueología del saber*, dos obras mayores de la cultura intelectual de la segunda mitad del siglo XX, que Colmenares admiraba, pero de las que intuía o tenía comprobado sus perversos efectos en un medio universitario como el nuestro, heredero directo de la escolástica y el padre Astete, de *El Criterio* de Jaime Balmes y de una sociedad campesina aún en proceso de descomposición, con pocas posibilidades de juzgar acerca del lugar de un libro particular en esa serie amplia de obras que conforman la cultura intelectual de Occidente, de reparar en las dificultades de una traducción o de reconocer las formas en que un contexto social diferenciado modificaba textos cuyos ecos, resonancias, implícitos y aun tesis mayores se perdían o enmascaraban al pasar de la “rive gauche de la Seine” a la rivera del Cauca, como a veces decía.

Es en ese contexto de enseñanza en el que le oí pronunciar la frase que he querido constituir hoy en nuestro motivo de reflexión: “para investigar historia, hay que saber historia”. Alguna vez escuché decir de esta frase que constituía una *paradoja*. No se si la palabra “paradoja” esté bien utilizada en este caso, en el sentido técnico que la filosofía puede darle. La he asumido simplemente para recordar el elemento de *aparente contradicción* que envuelve

el enunciado, pues se declara que para investigar hay previamente que saber —que conocer—, lo que en principio no parece claro, pues se investiga precisamente para saber, para conocer, y se supone, con buenas razones, que lo que en principio hay es una cierta ignorancia, o si se quiere plantear el problema en términos de saber, que lo que hay en principio es un saber no muy fundamentado, más bien cercano al prejuicio, a las opiniones corrientes e impensadas, un saber dependiente o por completo coincidente con lo que llamamos “doxa”, en el significado que desde los filósofos griegos se da a este término.

Tratemos pues de despejar ese pequeño enigma que parece encontrarse en la socorrida frase de Germán Colmenares, no con la intención de esclarecerla por completo, sino más bien con el objetivo de recrearla, de interrogarla desde diversos puntos de vista, solamente con la intención de mostrar la utilidad que puede tener para nuestra formación en el campo de la investigación histórica.

Me parece, para empezar por lo más elemental pero a veces olvidado, que la citada frase se refiere a la necesidad que hay, siempre, de que cada investigador tenga un conocimiento lo más acabado posible de la bibliografía secundaria del problema que quiere investigar, lo que resulta una forma excelente de comenzar a conocer una sociedad más allá de lo que nos pueden ofrecer las fuentes primarias del problema particular que hemos seleccionado como objeto directo de nuestras investigaciones. Por lo demás, como lo puede ratifi-

car cualquier investigador experimentado, la inmersión muy temprana en las fuentes primarias de un cierto tema, con desconocimiento de los aspectos más generales de la sociedad de que se trate, puede ser imprudente y producir una especialización prematura que convierta al novel practicante de la disciplina en un sabio especialista en aspectos aislados, cuyas conexiones generales —que son las que le otorgan su sentido en tanto proceso a cualquier fenómeno singular— desconoce.

Es claro que una buena bibliografía de los principales trabajos existentes, por ejemplo, sobre la sociedad colonial, nos ofrece puntos clave para una comprensión del conjunto social, más allá del problema especializado que como investigadores estamos considerando. Este es un punto sobre el cual el lector de las obras de Colmenares puede equivocarse, pues con facilidad se constata que no acostumbraba a citar de manera abundante lo que de manera convencional llamamos “literatura secundaria”. Pero el hecho de que no la cite, no quiere decir que no la conozca, lo que era fácil de descubrir en la conversación o escuchándolo en sus clases, o leyendo sus principales libros, pero mucho más prestando atención a sus artículos y aun a sus proyectos de investigación.

Pero ante todo lo que es importante para nosotros hoy en día es establecer el significado que para los historiadores de manera particular tiene esa sana costumbre de conocer lo que antes de nuestra inmersión en un problema ha sido establecido, admitiendo el carácter re-

lativo de esos conocimientos que nos precedieron (como relativos serán los que nosotros seamos capaces de producir). Trátese del repartimiento de indígenas en las zonas de encomienda del centro oriente del Nuevo Reino de Granada; trátese de problemas técnicos de la minería de aluvión en la región chochoana; trátese del papel de las imágenes religiosas en los procesos de aculturación en lo “sobrenatural cristiano”; trátese de los contratos que los maestros de escuela que en el siglo XVIII recorrían pueblos y pequeñas ciudades firmaban con los cabildos o con los padres de familia para que enseñaran a sus pequeños hijos a leer, escribir y contar; trátese de la difusión de los símbolos de la monarquía (el papel sellado, las cédulas o pragmáticas reales, las ceremonias de adhesión al rey, etc.) o de cualquier otro problema de interés histórico en el análisis de la sociedad colonial, es claro que se trata de problemas de elevada especialización que nos imponen su propia singularidad, que nos arrastran hacia sus definiciones más específicas y hacia sus aspectos más internos. Pero no podemos dejar de recordar que el conocimiento de tales problemas, por exacto que sea, no nos comunica sino una parte muy parcial y limitada de las dinámicas y tensiones de esa sociedad. Por el contrario, sabemos que plantear tales problemas como efectivos problemas de investigación, más allá de la especialización o de la erudición de archivo, nos exige un conocimiento, por lo menos mínimo, de las estructuras mayores de la sociedad, lo que nos recuerda que “para estudiar histo-

ria, hay que saber historia”. Y podríamos multiplicar los ejemplos para otras épocas y periodos, y nos encontraríamos con la misma situación.

En parte una de las grandes funciones de un buen estado del arte, que en ningún caso debe limitarse a obras especializadas sobre el tema que intentamos investigar, es la de conectarnos con una literatura histórica que bajo un ángulo no simplemente especializado nos enseñe sobre las estructuras sociales mayores de la sociedad y periodo que queremos estudiar, que nos ponga de presente, en una amplia panorámica, las tensiones mayores que estructuran la dinámica de un conjunto social, lo mismo que los elementos que la reproducen como orden y como adhesión. Podemos decirlo también con algunas palabras de Marguerite Yourcenar en su “Cuadernos de Notas” a las *Memorias de Adriano*, palabras que tal vez Colmenares escucharía con emoción: “Las reglas de juego: aprenderlo todo, leerlo todo, informarse de todo, y, simultáneamente adaptar a nuestro fin los *Ejercicios* de Ignacio de Loyola o el método del asceta indú que se esfuerza a lo largo de los años, en visualizar con un poco más de exactitud la imagen que construye en su imaginación”.

Podemos avanzar un poco más en nuestra interpretación de la frase citada, diciendo que ella se refiere de manera muy precisa a la necesidad que hay, siempre, de tener conocimientos claros y precisos de las dimensiones constitutivas básicas –de estructura, podríamos decir, aunque con miedo de ser mal in-

terpretados— de esa sociedad particular en la que se aloja el problema que queremos investigar. Hay un conocimiento mínimo de las coordenadas mayores de una sociedad, que resulta indispensable para acercarse con algún sentido histórico fundamentado a cualquiera de sus dimensiones particulares. Como se sabe, esta es una de las defensas mayores frente al riesgo y tentación permanentes del anacronismo, como lo sabemos sobre todo después de la ilustración ejemplar que de este error hizo Lucien Febvre en su crítica de un Rabelais ateo, tal como lo hacían creer las apariencias. Para decirlo con palabras muchas veces repetidas por Marc Bloch en su conocido texto sobre el oficio de historiador y en muchos de sus análisis, para nosotros resulta una obligación y un recurso que no podemos desaprovechar, el conocimiento de las dimensiones espaciales y temporales básicas de una sociedad, pues solamente sobre la base de ese conocimiento general, que esperamos sea lo más fundamentado, es posible plantear cada uno de los interrogantes particulares que constituimos en problemas de investigación. De nuevo pueden venir en nuestro auxilio algunas frases de Marguerite Yourcenar que precisan de manera maravillosa eso que yo sólo puedo indicar: “Tratar de leer un texto del siglo II con los ojos, el alma y los sentimientos del siglo II”, como una forma más de “Deshacerse de las sombras que se llevan con uno mismo”, para “impedir que el vaho del aliento empañe la superficie del espejo”, aunque Madame no deje de señalar también que hay que servirse, no obs-

tante y con prudencia, “a título de estudios preparatorios, de las posibilidades de acercamiento o de comprobación, de perspectivas nuevas elaboradas poco a poco por tantos siglos o acontecimientos que nos separan de ese texto, de ese suceso, de ese hombre”, utilizando ese inmenso acumulado de interpretaciones “como hitos en la ruta de regreso hacia un momento determinado en el tiempo”.

Como muchos lo recuerdan, Germán Colmenares era un gran lector de las obras de Witold Kula, el gran historiador polaco, y no dejaba de elogiar su obra *Las medidas y los hombres*, en la que encontraba una de las mayores realizaciones de lo que constituye el conocimiento de las dimensiones espaciales y temporales de la sociedad. No se trataba desde luego simplemente de un conocimiento erudito—siempre necesario— e inmensamente descriptivo de todas esas medidas y formas de medir que las comunidades rurales, un poco al margen del Estado central y sobre la base de su experiencia, habían constituido en sus “patrones de medida”, hasta el momento en que la filosofía moderna y la revolución francesa crearon las condiciones científicas y políticas que hicieron posible la imposición más o menos generalizada del sistema métrico decimal. Lo que Colmenares se permitía descubrir en los análisis de Kula y lo que lo llenaba de admiración, era el conocimiento profundo que el historiador polaco tenía de sociedades, como la feudal, que son radicalmente diferentes de las sociedades de hoy, diferencia que Kula era capaz de hacer comprensible

y recrear de mil maneras, a partir de lo que podría verse como un problema puramente técnico (aunque de algún alcance político): la modificación de un sistema de pesas y medidas –problema sobre el cual podemos recordar que no hay un solo trabajo importante en Colombia.

Ese entusiasmo por las “medidas y los hombres” era el mismo que tenía Colmenares por la *Teoría económica del sistema feudal*, otra de las grandes obras en que se había empeñado Witold Kula, y cuyo emblema, una frase tomada de algún lugar de una obra de Federico Engels, le encantaba repetir a Colmenares, una frase en que se solicitaba a los historiadores no confundir las “leyes” de la economía política en la sociedad capitalista moderna, con las “leyes” de la economía política en la Tierra del Fuego, es decir, prestar atención a la *diferencia* que especifica a las sociedades históricas.

Pero se ha olvidado con facilidad que el entusiasmo del historiador colombiano por la obra del polaco –como en otro contexto su admiración por la obra de Marc Bloch– le venía de su fastidio con los debates de los “latinoamericanistas” que se empeñaban en encontrar a toda costa un “sistema feudal” en la sociedad colonial americana y su supervivencia en los siglos XIX y XX, o aun, en un uso más insólito de la teoría de Marx, que se permitían descubrir por estas latitudes la permanencia de un pretendido “modo de producción asiático”.

Como tal vez alguien recuerde, en el caso colombiano estas formas de

“analogismo” superficial extremo se redoblaban con el descubrimiento del “feudalismo” local realizado por militantes maoístas criollos que no habían pasado jamás de la simpleza de las tesis agrarias del hoy llamado Mao Tze Dong o de su correligionario Chen Po Ta, de la mano de cuyas afirmaciones y sin la menor consideración por la realidad se transformaban las sabanas de Córdoba o los páramos de Nariño en lugares de una permanente explotación “feudal”, vigente desde tiempos remotos, una especie de delirio militante que incluso llegó a tener manifestaciones expresadas en el arte de uno o dos pintores de esos turbulentos años colombianos.

Lo que le irritaba tanto en ese debate a Colmenares, debate en el que igualmente le molestaba la posición contraria, es decir, la declaración del “capitalismo mercantil” existente desde 1492, según la tesis de André Gunder Frank (el más grande exponente del “análisis histórico” más allá de cualquier consulta detenida y reflexiva de las fuentes del problema en un archivo y con atención a algún tipo de datos), era la manera como se pasaba por encima de cualquier definición clara de los problemas, como se ignoraban los datos mínimos que ponían de presente los límites y posibilidades de esa sociedad –las formas de ocupación del territorio, la demografía, los niveles tecnológicos, el sistema de instituciones– y la forma como los comentaristas se permitían *deducir las características de esa sociedad*, que presumiblemente querían conocer, a partir de *categorías y modelos que*

simplemente desfiguraban las realidades más evidentes de la sociedad que se pretendía interrogar, para parafrasear el propio lenguaje de un conocido texto de Germán Colmenares.

Dejemos de lado ya el interés de Colmenares por W. Kula y la manera en que ese interés concretaba su rechazo del permanente anacronismo a que conduce toda relación dogmática con las teorías –incluidas las mejores, como lo prueba la suerte corrida por las teorías de Marx y Freud– y propongamos por nuestra propia cuenta un ejemplo: pensemos pues por un momento en un hombre del siglo XVII en nuestra sociedad colonial, pensemos de manera más precisa en un rico comerciante que viajaba a Cartagena de Indias a comprar esclavos, que luego vendería en Popayán a mineros esclavistas. Imaginemos que se disponía a emprender una vez más su travesía, desde Santafé, a lomo de mula o de indio, embarcando en el puerto de Honda, para hacer la travesía del río Magdalena. Es casi seguro que ese comerciante muchos días antes del viaje realizara una concienzuda preparación de su cuerpo y de su alma, de una manera que hoy podría sorprendernos, pues con toda seguridad, como los documentos lo ponen de presente, comenzaría por hacer un cuidadoso inventario de sus bienes y pertenencias, y actualizaría ante un notario un testamento que muchas otras veces en su vida había revisado, al tiempo que realizaba visitas de despedida a amigos y parientes, y sin falta se confesaría, poniendo su alma en paz con Dios, recordándonos la manera

como se sentía ese viaje inmenso y en extremo aventurado que lo llevaría casi a los confines, a través de estrechos y peligrosos caminos a medio construir, para luego subir al puerto por el río Magdalena, con el peligro de la fiebre o de las flechas que pudieran ser disparadas por los indígenas de las riveras del “medio magdalena”, todavía muy poco dispuestos a aceptar las nuevas condiciones en que los había puesto desde mucho más de dos siglos atrás el dominio de los nuevos señores. Imposible comprender ese miedo y ese temor, esa manera de evaluar un conjunto de riesgos y de prepararse para enfrentarlos, sin tener nociones bien precisas sobre la forma en que las distancias eran percibidas, sin saber sobre cómo funcionaban los sistemas de transporte y en general sin conocer sobre la precariedad que distinguía operaciones cotidianas que hoy en día nosotros tenemos perfectamente estabilizadas y por esa vía naturalizadas.

Creo que aún se puede avanzar un poco más, porque existen otros ángulos desde los cuales es posible interpretar la frase de Germán Colmenares que ha sido hoy nuestro hilo conductor. Recordemos que la formación cultural de Germán Colmenares era bastante amplia, y hasta cierto punto envidiable, tanto desde el punto de vista de sus curiosidades intelectuales, como desde el punto de vista de su formación profesional: abogado, filósofo e historiador profesional, escribió algunas crónicas de cine –un arte que amaba–, reseñó textos de narrativa –le interesaba mucho

la literatura latinoamericana que hoy de manera convencional designamos como la del *boom*—, comentó exposiciones de arte, y nunca separó la historia de las ciencias sociales (particularmente sabía de sociología y antropología y tenía buenos conocimientos acerca de cómo se hacía operar un modelo económico cuando se hace historia social de la producción material), al tiempo que pensaba que el arte y la filosofía no podían ser ajenos a la formación del investigador, no sólo porque arte y filosofía son materias sociales por principio —¡de qué otra manera podría ser!— y por lo tanto objeto posible de meditación histórica, sino porque pensaba que un buen conocimiento de todos los saberes con los cuales dialoga la historia era para los historiadores materia del más alto interés, con el fin de facilitar un conocimiento de la vida social que hiciera más complejo el planteamiento de un problema de investigación histórica.

Germán Colmenares hablaba de *densidad cultural* para referirse a una condición que le parecía imprescindible en un buen historiador y que para él se concretaba en lo que podemos llamar una “rica experiencia del mundo”, un conocimiento amplio de la vida social e intelectual, pero no a la manera de un turista de hoy (hay efectivamente turistas en el campo del conocimiento), sino como *experiencia ilustrada del mundo*, es decir, como experiencia reflexionada en el terreno de las ciencias y del conocimiento, en el campo de la filosofía, en la perspectiva del arte. Creo no convertir a Colmenares en un persona-

je de ficción ni proyectar en su sombra mis propios sueños, si señalo que su idea de “densidad cultural” —una idea que desde luego existe en muchos otros historiadores— traduce un aspecto importante presente en la frase de que “para investigar sobre historia hay que saber historia”, pues desde un punto de vista amplio “saber historia” quiere decir disponer de un gran saber acumulado y reflexionado sobre la sociedad en todas sus dimensiones, y sobre dos de las más grandes formas de auto-comprensión que las sociedades humanas han desarrollado: la filosofía y las ciencias, de un lado, y el arte de otro.

Consideradas las cosas de esta manera, el enunciado “para investigar historia hay que saber historia” quiere decir mucho más de lo que al principio señalamos, pues no se trata simplemente, o no se trata tan solo, de la mejor defensa contra el terrible pecado del anacronismo. La frase se entronca de manera directa con el problema de la “densidad cultural”, es decir, con la idea de que el trabajo del historiador y la propia formación del investigador, requiere o por lo menos hace deseable, la adquisición de multiplicados *lentes* (según la idea que de “lente” nos dejó Baruch de Espinosa), la posesión de variados puntos de vista, el recurso a “técnicas” muy diversas de interpretación que le permitan enfrentar realidades que por principio son contradictorias, llenas de matices, altamente complejas, siempre cambiantes, imposibles de definir de manera unilateral, de apresar a través de una sola perspectiva de método, de un en-

foque único construido de antemano y por fuera de los procesos de trabajo en que se fabrica la rectificación aproximada de nuestros errores, que es con exactitud el contenido de nuestras investigaciones, lo que no significa, como se dijo de manera repetida en el final del siglo XX, “que la verdad histórica sea siempre y en todo inasible”, ya que lo distintivo de este tipo de verdad, como de todas las otras, “es su margen, mayor o menor, de error”, para citar de nuevo a la autora de las *Memorias de Adriano*, quien complementa su observación sobre los varios “rostros de la verdad” con la exigencia que de ahí se desprende para el trabajo del investigador: “Cuando dos textos, dos afirmaciones, dos ideas se oponen, esforzarse en conciliarlas más que en anular la una por medio de la otra; ver en ellas dos facetas diferentes, dos estados sucesivos del mismo hecho, una realidad convincente porque es compleja, humana porque es múltiple”.

Habría que señalar también –y no dudo que el punto se encuentra muy presente en la obra escrita de Colmenares, de manera particular en los prólogos de sus libros y en muchos otros textos–, que la idea de que para “investigar historia hay que saber historia” recubre un problema más sobre el cual, sobre todo hoy, tenemos necesidad de trabajar de manera decidida. Es un punto que en la docencia de Colmenares no encontró sino un lugar retórico, lo que nos recuerda el hecho, por lo demás explicable, de que las limitaciones de la universidad de su época no dejaron de

marcar su trabajo de enseñanza. Digámoslo así: “saber historia” –como requisito para investigar en historia– no quiere decir tener conocimiento de un relato ni capacidad pedagógica para presentarlo. Quiere decir ante todo conocer las formas a través de las cuales el historiador es capaz de *producir* ese producto específico que llamamos “análisis histórico” y ser capaz de transmitir y ayudar a incorporar en otros esas disposiciones creativas que permiten el trabajo fecundo en una o varias disciplinas.

Colmenares, como lo muestran sus libros, conocía bien el oficio de historiador, y la preocupación de “método” –para utilizar esa equívoca y aterradora palabra– atraviesa toda su obra. No podía escapársele a un espíritu tan advertido como el suyo que las habilidades que requiere el trabajo de análisis histórico no constituyen competencias que se adquieren de manera espontánea, por el simple contacto con los documentos, o por la lectura rápida de ésta o aquella obra sobre el “tiempo” y la “filosofía de la historia”. Su recurso a los modelos de la economía para estudiar problemas de productividad minera, sus incursiones en las modernas teorías sobre el espacio urbano o su dominio de la estadística y de la demografía lo muestran en posesión de técnicas que en algún momento debió aprender a manejar y a recrear.

Los “recursos de método” y la reflexión epistemológica sobre el oficio y sobre lo que fabrica el historiador cuando trabaja son una parte esencial de la

interpretación de la frase “para investigar historia hay que saber historia”, aunque de manera práctica en el *trabajo docente* de Colmenares esta dimensión del problema me parece que no encontró mayor realización, en gran medida porque la universidad de ese entonces no lo permitía, pero no menos porque ha faltado en los historiadores la decisión de encarar su oficio como una práctica de ciencia que tiene muchas más expresiones que la habitual de la narración en clase de vidas de héroes o de “hechos de estructura”, ante públicos a veces emocionados, a veces adormilados. Tengo hace ya bastantes días la impresión que este tipo de trabajo y este tipo de reflexión, que en el trabajo docente de Colmenares lograron un lugar muy marginal, deben ser para nosotros hoy una de nuestras mayores preocupaciones. Simplemente que a diferencia de lo que pasó en la cultura histórica nacional hace cerca de cuarenta años, esa reflexión no puede separarse en forma altanera de los procesos efectivos de investigación tal como se adelantan en un archivo, sobre la base de definiciones claras de los problemas que se quiere investigar.

En razón de todo lo que he afirmado en las páginas anteriores pienso que en lo que he llamado la “paradoja de Colmenares” hay de manera muy precisa la idea y la exigencia de que el historiador sea un *hombre de cultura*, para el que nada de lo humano resulte ajeno. Conozco de sobra que la frase es un verdadero lugar común. Reconozco sin problemas que la apelación a lo “huma-

no” fue objeto de los más grandes abusos por parte de los románticos (y aún hoy de los sentimentaloides y los cursis), sé sobre todo que después de Nietzsche y su crítica de lo “humano demasiado humano”, se trata de una invocación problemática. Me parece sin embargo que interpretada como parece haberlo sido por los pensadores del Renacimiento, como la prueba de una extensa y sabia curiosidad, al tiempo que como muestra de un sincero interés por las más disímiles actividades humanas, la sentencia puede ser recuperada para recordar que el historiador deber ser, o por lo menos debe intentar serlo, *un hombre, o una mujer, de cultura*, tarea para la que no queda otro camino que el de intentar echar sobre sus hombros el “peso liviano” de las más variadas claves de interpretación del mundo, lo que hace que ni las ciencias en general, ni la filosofía y el arte, pueden serle indiferentes.

No cierro los ojos ante el hecho de que los problemas que estudian los historiadores son en muchos casos problemas que pueden llegar a un alto grado de especialización, no sólo desde el punto de vista de los métodos que el investigador debe poner en acción, sino también en razón de los enfoques variados que debe utilizar. No dudo por ejemplo que si alguien quiere hacer, digamos, la historia de la biología, como de hecho lo intentó con gran éxito hace unos años Francois Jacob en su obra *La lógica de lo viviente*, debe disponer de conocimientos técnicos altamente especializados en campos precisos de la cien-

cia. No dudo, por ejemplo, que si alguien quiere hacer (y desde luego que debe haber muchos intentos en esa dirección que me son desconocidos) la historia reciente de la neurobiología, tendrá que disponer de refinados conocimientos que son de la más alta especialización. Pero me imagino que en ninguno de los dos casos que he mencionado como ejemplos desaparece la sociedad como el gran horizonte de la investigación, y que para plantear bien los problemas de investigación en esos dominios y para captar sus sentidos más complejos sigue siendo necesario un conocimiento afianzado de los rasgos más generales de la sociedad en que esas historias “regionales” o “sectoriales”, por decirlo así, tienen lugar. Pienso pues que, aun en estos casos, reconociendo el carácter

especializado de la investigación, no pierde vigencia la idea de que “para investigar historia, hay que saber historia”.

Termino pues esta breve aproximación a la frase de Germán Colmenares: “para estudiar historia, hay que saber historia”, inscribiéndola en una perspectiva humanista y clamando porque en la formación del historiador no se pierda de vista que antes que un profesional super/especializado, inscrito de manera poco conciente en una forma particular de división del trabajo, que no examina ni critica, éste debe ser ante todo un *hombre de cultura*, que aunque trabaje sobre problemas de gran especificidad en su definición, proyecte siempre su trabajo en el horizonte amplio del análisis comprensivo de las sociedades.